

JUANA CORTÉS AMUNARRIZ

# CENIZAS

Un jurado presidido por  
Andrés Ramos Vázquez,

vicepresidido por  
Ángel Luis Gómez Blázquez y Ana Díaz Alonso,

y compuesto por:  
José Ovejero,  
Santos Sanz Villanueva,  
Fanny Rubio Gámez,  
Care Santos Torres,  
Penélope Acero Cayuela, editora,  
y María José Sánchez Lorenzo,  
que actuó como secretaria,

otorgó a la presente obra el  
XXXI PREMIO TIFLOS DE CUENTO  
convocado por la



JUANA CORTÉS AMUNARRIZ


# CENIZAS

XXXI PREMIO TIFLOS DE CUENTO

  
CASTALIA  
EDICIONES

 edhasa



es un sello propiedad de  edhasa

Diputación 262, 2º1ª  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Consulte nuestra página web:

<https://www.castalia.es>

<https://www.edhasa.es>

Primera edición: mayo de 2021

© Ilustración de la cubierta: Jose A. Cortés Amunarriz

© de la edición: Juana Cortés Amunárriz, 2021

© de la presente edición: Edhasa (Castalia), 2021

ISBN 978-84-9740-879-0

Depósito Legal B. 6955-2021

Impreso en Black Print CPI

Impreso en España



Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

*A mi hermano Jose,  
porque mis relatos son también suyos.*

*A Toño,  
por su gran apoyo durante todos estos años.*

# ÍNDICE

1. Ada . . . . .	11
2. Trincho . . . . .	21
3. La bahía Roja . . . . .	31
4. Carretera de montaña . . . . .	47
5. Donde crece la hierba . . . . .	57
6. Cercos . . . . .	69
7. La cueva . . . . .	79
8. Carne . . . . .	93
9. Roma . . . . .	103

# ADA

Bajo el sol de finales de septiembre, caminamos por calles ruidosas hasta llegar al Cementerio Accatolico de Roma, también llamado Cementerio de los ingleses. Nos guía hacia él la pirámide de Cayo Cestio, que vemos desde la distancia, como una flecha de piedra incapaz de ascender hacia el cielo. Dentro del cementerio el malestar que produce el infernal tráfico de Roma se suaviza. La vegetación es frondosa. Hay pájaros, cuervos, palomas y gaviotas, al igual que en todos los rincones de la ciudad.

La magia de este lugar me cautiva desde el momento en el que entro y me fundo con su atmósfera, apenas desvirtuada por unos pocos turistas. Tengo la impresión de que este sitio me ha estado esperando desde siempre. Algo parecido me ocurrió en el Père-Lachaise de París, setenta mil tumbas, cinco mil trescientos árboles. Y en el Cementerio estadounidense de Normandía, en Colleville-sur-Mer, junto al acantilado, con los restos de más de nueve mil militares estadounidenses caídos en el desembarco bajo mis pies. También lo sentí en el cementerio judío de Praga donde «más de doce mil lápidas se amontonan unas sobre otras, como tiradas desde el cielo por una mano ciega», según se puede leer en una página de internet.

—La tumba de Keats está al fondo —me dice Jon, tras consultar su guía.

Mi marido avanza con la réflex pegada a su pecho, mientras yo me dejo llevar, inmersa en mis ensoñaciones.

—Por aquí —indica, y tomamos el camino de la izquierda.

Jon ha aceptado de buena gana visitar este cementerio porque en él están enterrados Keats y Shelley. Jon no ha leído a los autores ingleses del romanticismo, pero sigue las recomendaciones de la guía. Camino unos pasos detrás de él hasta que llegamos a nuestro objetivo. Unos jubilados ingleses que visten sandalias fotografían la tumba, mientras una sirena suena insistente en la distancia. Sobre la piedra se lee este epitafio: *Aquí yace alguien cuyo nombre fue escrito en el agua.*

Jon me dice en voz baja que, a causa de la tuberculosis, Keats tuvo que alejarse del frío clima londinense. Fue a Roma, junto con su amigo el pintor Joseph Severn, invitado por Percy Bysshe Shelley. Su salud empeoró y falleció el veintitrés de febrero de 1821 en la Casa Keats-Shelley, el actual museo dedicado a los poetas románticos británicos.

—¿Lo recuerdas? —me pregunta—. Está en la Plaza de España.

Asiento. Él dirige y yo lo sigo. Él lleva las riendas y yo mastico azucarillos como una yegua obediente. Dos días antes nos habíamos sentado en las escaleras de la plaza. Aprovechamos para comer allí una ración de pasta que nos habían servido en un envase transparente junto con unos tenedores de plástico. Le compramos a un pakistaní dos botellas de agua fría. A nuestros pies la plaza parecía



un hormiguero en constante movimiento. Los turistas se apiñaban alrededor de la fuente de Bernini. Jon me hizo fotos comiendo *pappardelle* a la carbonara. Sonríe, me dijo, y yo había intentado hacerlo con la boca llena. Me hubiera gustado, en ese momento, decirle la verdad. Sin embargo, no fui capaz. No allí, en Roma, bajo el sol, con aquella preciosa luz, mientras alguien cantaba *Hey you* de los Beatles acompañado por una guitarra.

Siempre he pensado que hay dos tipos de personas: las que aman los cementerios y el resto, aquellos que los ignoran, que solo los visitan empujados por las obligaciones. Yo pertenezco al primero, sin duda. Desde que era niña me recuerdo fascinada, paseando entre tumbas. Incluso las visitas a cementerios feos, esos en los que el ladrillo y la construcción lineal, forzada, aséptica, muestran una ciudad de muertos mediocre, me han servido para admirar aún más los cementerios hermosos. Jon pertenece al segundo tipo; hasta diría que se siente incómodo en ellos. Se queja de calor o de frío, camina con prisa, le molesta el olor a agua putrefacta que proviene de los jarrones en los que las flores se descomponen. Jon, práctico, sensato, un hombre de números, no entiende mi fascinación por la muerte.

—«Keats, sabiendo que iba a morir, pidió que le enterraran con las cartas y un mechón de cabello de su amada Fanny Brawne» —lee Jon.

Es alto, espigado y su pelo castaño se ha aclarado tras el verano. Tiene la frente ancha, la nariz pronunciada. Jon lee y yo escucho. Me enseña. Me cuida. Siempre está pendiente de mí. Me da la mano cuando paseamos y, si tardo

mucho en volver del cuarto de baño, se impacienta. Pensaba que te había ocurrido algo, me dice cuando me siento de nuevo a su lado. Jon teme que alguien me haga daño –secuestradores, monstruos, violadores, miembros de la mafia, vendedores de órganos quizá—. No sé cuáles son sus miedos exactamente. Solo sé que son estúpidos, que si hay algo de lo que debería asustarse es de lo que llevo conmigo. De lo que yo soy.

Fanny Brawne. Los románticos, con su tuberculosis y su tristeza. Cipreses, pinos, palmeras y naranjos en este cementerio hermoso y tranquilo.

Vamos a ver la tumba de Shelley. Shelley falleció poco antes de cumplir los treinta años, ahogado en una tormenta cuando navegaba en su velero, el Don Juan, de regreso a Luici desde Pisa. Incineraron su cuerpo en una playa cerca de Viareggio. «Su corazón fue extraído antes de la incineración y fue guardado por Mary, su esposa, hasta que ella se reunió con Percy», dice la guía. Aquí están enterradas sus cenizas.

Hay unos versos de Shakespeare escritos en la tumba de Shelley. Jon lo fotografía todo. Ve el mundo a través del objetivo y, clac, presiona el disparador y la tumba de Shelley es tragada por la cámara. Entra en su estómago y queda archivada junto a montones de otras imágenes, las fotografías que mostrarán nuestro viaje a Roma, él último viaje juntos.

–Ponte de espaldas. Así, muy bien –dice Jon.

Clac. Clac.

Más escritores muertos. Escritores jóvenes, cuyas vidas resultan tan atractivas como sus obras. Ajena al ir y venir

de los visitantes curiosos, una joven lee tumbada en un banco de madera. Bajo ella, un gato dormita en la sombra. Siento la placidez de esa chica, que ha ido hasta allí con su bicicleta, una Capri Berlín en cuya cesta hay un bocadillo, dos manzanas y una cantimplora. Me gustaría ser esa chica y pedalear al atardecer de vuelta a su casa, probablemente un viejo apartamento del Trastevere con una minúscula terraza llena de geranios rojos.

Hay muchos gatos en el cementerio. Son animales gordos y bien cuidados. En un muro hay una caja en la que se recogen donaciones para cuidar a los felinos. Al igual que algunos preferimos los cementerios a los museos, hay personas que aman a los gatos más que a los humanos.

—Y ahora otra, mirándome.

No quiero fotos, pero me vuelvo hacia la cámara. Intento parecer contenta, satisfecha de estar aquí, al menos durante ese segundo en el que Jon aprieta el disparador de la cámara. Clac. Una nueva foto que él rastreará, olfateará, chupará, buscando el origen de la desdicha. Queriendo saber qué ha provocado mi decisión. Joder, Dana. ¿Cómo me haces esto? Puedo imaginar sus reproches. Dame al menos un motivo. Necesito un motivo para entender que te vayas.

Camino hacia el corazón del cementerio, la zona más antigua, en la que abundan pinos marítimos y cipreses. La escasa luz que se filtra crea un efecto de ensueño. Tomo uno de los estrechos senderos que hay entre las filas de tumbas. La mayor parte de sus ocupantes son extranjeros de nombres hermosos. Cada lápida es distinta. Cada esta-

tua me llama, me dice, mírame, estoy aquí. Escucho la risa cristalina de un niño sentado con pantalón corto y calcetines de mármol. Cada tumba es una historia.

Una estatua de cuerpo entero descansa sobre una lápida. Le falta la cabeza. Me pregunto dónde estará, cómo la perdió. Un ángel esconde su rostro entre sus brazos, vencido por el dolor de la separación. Está volcado sobre un túmulo alzado y sus grandes alas rozan el suelo. Otro ángel mira al frente, de pie, erguido sobre un pedestal. Tiene un cuerpo precioso, de piernas musculosas y glúteos firmes.

Me detengo delante de una lápida que corresponde a una niña. Ada Sierich. Solo dice que nació y murió en 1847. Nada más. Quizás solo vivió unas horas. O unos días. En todo caso unos meses... Pequeña Ada, pienso.

—¿Qué miras? —me pregunta Jon que me ha alcanzado.  
—Nada.

Todos tenemos muertos, me dijo Jon una vez. No entiendo por qué le das tanta importancia a los tuyos... No se trata de eso. Sin embargo, cada vez son más las cosas que nos separan. La idea de belleza. La naturaleza de nuestros sentimientos. Cada cual tiene sus manías, sus agujeros, sus defectos. Hay un silencio en el que crecen ortigas. Y una distancia entre nuestras miradas que no se puede medir.

—He encontrado la tumba de Gramsci, el dirigente del Partido Comunista italiano. ¿Quieres que te diga dónde está?

No hace falta. No necesito datos para que mi corazón sienta con fuerza la llamada de esta tierra compacta en la

que se deshacen miles de sueños. No necesito a Keats, ni a Shelley, ni mucho menos a Gramsci para amar este lugar. Para rendir una vez más culto a la muerte, a lo que acaba. Quizá mi vida sea un acto de muerte continua. Soy incapaz de crear vida. Lo simulo, pero es todo una impostura.

Jon está contento con sus fotos. Con sus descubrimientos. Me besa en la mejilla. Estamos en Roma, somos jóvenes y felices. Tenemos toda una vida por delante, piensa.

—¿Nos vamos?

Asiento, aunque no me importaría pasar en este lugar el resto del día. Incluso los tres días que nos quedan en Roma. Aquí, junto a Ada y los gatos. Aquí, con la chica que lee tumbada en el banco de madera.

—Ahora podemos seguir visitando...

Dejo de oír a Jon, que camina hacia la salida.

Rozo la tumba de Ada Sierich, la acaricio a modo de despedida. Adiós, pequeña. Dejo una piedra sobre su lápida, como hacen los judíos. La piedra es un reflejo de la eternidad, a diferencia de la flor que se marchita con rapidez. Quizá la flor sea el cuerpo y la piedra el alma. Aunque también dicen que la costumbre de dejar piedras obedece al hecho de rellenar las tumbas para asegurarse de que el lugar no sea profanado.

—¿Qué haces? —pregunta Jon volviéndose.

No le digo que he dejado una piedra para Ada. Para los niños que no tendremos, aunque Jon todavía no lo sabe. Una vez más la muerte es más fuerte que la vida, que este fluir sin dirección, convirtiéndome en nube, deseando estar siempre donde no estoy, huir, llegar, volver a huir, some-

tida a la catarata que arrastra y salpica. La mano de Jon rodea mi muñeca. Rumiante Dana. Su amor por mí debería ser suficiente, pero... Me asalta la sensación de tener los dedos pegajosos, como si un trozo de chocolate se hubiera deshecho entre ellos. Soy consciente de que la vida mancha.

El sol de nuevo sobre nuestras cabezas. Y las gaviotas que pueblan la ciudad de Roma. Sus gritos. Díselo, díselo, díselo. Las miro con rabia. Callaos. Sois unos pájaros estúpidos. Ayer mismo vi una gaviota que destripaba una paloma en la Fuente de los Cuatro Ríos, ante los ojos horrorizados de los turistas. El cuerpo ensangrentado. Los restos de vísceras en el pico de la gaviota. Luego llegó una segunda gaviota que se peleó con la primera por el botín. No era agradable, pero era la vida. Había más vida allí que en toda la plaza, con sus fuentes, con sus estatuas, con las historias que Jon me había contado sobre la rivalidad entre Bernini y Borromini. Los restos de la paloma.

—Espera, vamos a pedir a alguien que nos haga una fotografía —le digo a Jon.

*Please, please.* Me dirijo a un chico rubio que acaba de entrar en el cementerio cargado con una gran mochila. *Can you...?* Jon se descuelga la cámara y se la da al chico, que la sujeta con sus enormes manos de alemán de Baviera. Jon pasa su brazo por mi hombro, me atrae hacia él con una familiaridad que un día le dolerá. Yo paso mi brazo por detrás y lo agarro de la cintura, engancho mi dedo en una trabilla de su pantalón vaquero. Muy juntos, Jon y yo le ofrecemos nuestras sonrisas. El alemán se concentra

para estar a la altura de las circunstancias y hacer una buena foto a la pareja de españoles. *Thank you very much. It's a pleasure.*

Jon mirará una y mil veces las fotos del viaje intentando leer entre líneas. Intentando descubrir por qué. Me observará con detenimiento. Dana comiendo pasta en las escaleras de la Plaza España. Dana frente a la tumba de Keats. Dana en la Plaza Navona, observando a la gaviota devoradora que cumple con el ciclo de la vida. Y sobre todo esta última, la única foto de los dos, a la salida del cementerio. Jon estudiará mi gesto, mi mirada, querrá leer dentro de mí, rastreando en la fotografía el presagio de la debacle.

—Pareces cansada —me dice Jon de repente.

—No, no —lo tranquilizo—. Estoy bien.

Maldecirá mil veces. Buscará una explicación. Quizá recorte mi figura de la fotografía. O la tache con una cruz de tinta. O simplemente prenda la imagen con un mechero, dejando que las llamas devoren el papel.

—¿Quieres que paremos a tomar un capuchino antes de ir a la isla Tiberina?

Asiento. Me apetece sentarme en una terraza, sentir el sabor dulce del café mientras el sol nos ilumina. Cerrar los ojos y escuchar el estruendo de Roma. Los gritos de las gaviotas. Las sirenas de las ambulancias. El llanto de un niño al que alguien intenta consolar.

Caminamos hacia el río.

Faltan tres días para volver a España.